

006. El Crucifijo, defensa y acusador

La devoción a Nuestro Señor Jesucristo clavado en la cruz está muy arraigada en toda la América Latina. Y debemos conservarla, pues trae muchas bendiciones sobre nuestras almas. No hay que temer por la salvación de quien se arrodilla ante el Santo Cristo bendito. Sin embargo, es una devoción que siempre ha tenido muchos enemigos. ¿Por qué será?...

Es un hecho bien sabido que todas las revoluciones anticristianas se han empeñado en derribar las imágenes de Jesucristo Crucificado. ¿Qué contiene el Crucifijo para que se le trate así?

Además, lo primero que hacen los enemigos y las sociedades secretas que militan contra la Iglesia, es legislar y prohibir que *el Santo Cristo*, como le llamamos en nuestras tierras, ocupe su lugar en un edificio público: en las escuelas, en los tribunales o en las salas de un municipio.

De la vida pública, esos enemigos pasan a la vida privada. Hoy han logrado meter la moda de sustituir en los hogares el Crucifijo por cuadros modernos que no dicen nada, o por la foto de artistas o de los ídolos del deporte...

Asimismo, se empeñan en sustituir la bendita imagen que pende del pecho por una flor elegante de oro o de fantasía, por el signo propio del Zodíaco o por la herradura tonta... Lo mismo da. El caso es conseguir que desaparezca el Crucifijo de la vista. ¿Qué pretenderán con ello tantos enemigos de Cristo y de su Iglesia?...

La respuesta nos la dan estas palabras del apóstol San Pablo:

- *Es necesario que todos nosotros seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo* (Romanos 14,10)

Sabemos que el Crucificado es un Juez inapelable. Unas veces alaba, cuando ve que nuestra vida está con Él clavada al pecado y al mundo; y otras veces condena de modo inexorable a los que son, como nos dice el mismo San Pablo, *enemigos de la Cruz de Cristo, sin más dios que su placer y cuyo paradero final es la perdición* (Filipenses 3,18-19)

Mirar al Crucifijo es, sin más, someterse a un juicio. Porque, se quiera que no, viene la inevitable comparación: *¿Somos de Éste, somos como Éste?* Si nuestro proceder no está conforme al Crucificado, no resistiremos la mirada del mismo. Le tendremos miedo. Hasta lo maldeciríamos, como éstos sus enemigos a los que estorba tanto...

Pero si nuestra vida se ajusta a la suya, lo miraremos de frente, le daremos un beso, y esperaremos de Él una palabra de aprobación y alabanza, pues sentiremos que nos dice en lo íntimo de nuestra conciencia: *¡Bien! ¡Muy bien!...*

Porque el Crucifijo es el mejor testigo de nuestras acciones. Antes era clásico jurar ante el Santo Cristo, igual que se jura ante la Biblia.

Un caballero católico francés fue invitado por el tribunal a prestar juramento, cuando ya no se estilaba el Crucifijo en las audiencias, y pregunta:

- *¿Por quién he de jurar?*

- *Por su honor. ¿Le parece poco?*

- *Tengo honor, y no empañaré mi palabra con una mentira. Pero exijo aquí el Crucifijo.*

No tuvieron más remedio que llevarlo. Y juró solamente por aquel Testigo inapelable.

Mirado así el Crucifijo, pareciera que está hecho para causarnos miedo, casi terror. Pero es todo lo contrario.

Por Jesucristo Crucificado se realizan las obras más costosas y que exigen mayor sacrificio.

Mirándole a Él clavado en la Cruz, se tiene valor para todo.

Mirando al Crucifijo, nos pasa como a aquel príncipe, que había de ir a luchar contra la morisma que amenazaba a la Europa cristiana. Y recibe del rey de Hungría el Crucifijo con este encargo:

- *Dirige la vista siempre a tu Rey, bajo cuya mirada vas a combatir. Sé valiente* (Carlos VI a Eugenio de Saboya)

En toda nuestra América Latina hay mucha devoción al Crucifijo —el *Santo Cristo*, como lo llaman nuestras gentes—, y ojalá se conserve bien viva esta devoción entre nosotros, porque ella encierra entero el Evangelio y lo mete por los ojos...

El apóstol San Pablo no ahorra palabras para ponderar la fuerza del Crucificado.

Es *Sabiduría de Dios*, con la cual venció al demonio astuto, al que venció con la trampa de la Cruz.

Es *Fuerza de Dios*, con la cual salva a los creyentes.

Es *Amor de Dios*, porque Jesucristo, entregado por el Padre al mundo, de tal manera nos amó que se entregó por nosotros hasta la muerte, y muerte de Cruz.

¡Crucifijo! ¡Bendito Crucifijo! Tú eres el mejor Maestro de una vida sin tacha.

Tú eres la bandera discutida en el campo de batalla.

No te escapes nunca de la mirada de nuestros ojos.

Tú serás el Juez de esos tus enemigos que hoy te quieren eliminar del mundo, y de los cuales —nos lo has dicho Tú mismo, Jesús— no quedará ni uno sólo que no quede aplastado bajo el poder de tus pies soberanos.

Sin embargo, para nosotros, que nos gloriamos de tu Nombre, que te amamos y te servimos, que te damos cada día el corazón, sin retractar jamás nuestra donación, para nosotros serás un día nuestro espléndido premiador...